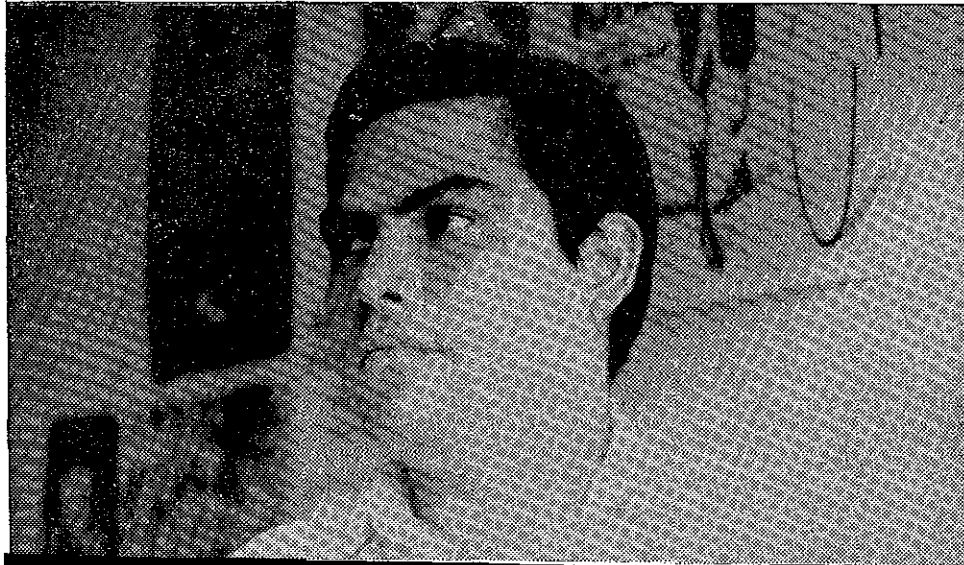


GAIALA 1980

Nació en Santiago de María el 28 de Febrero de 1941

Ha sido laureado en varios certámenes literarios. Los cuentos que se incluyen en este número fueron tomados del libro inédito en preparación

Santiago Castellanos



EL RESPETABLE DIOS

Viejo puñetero, quien lo viera hoy, con esa su cara de pan mojado, con las pupilas cada vez más pequeñas y marchitas y con esas bolsas bajo los ojos, repletas quizás de las lágrimas que se resistió a derramar, cuando aún se sentía muy hombre, con su pistolón en la cintura y con esa su voz gruesa, que dejaba un retumbo de los diablos en el aire. Viejo hipócrita, con su cara de buena gente, viendo cómo el día se diluye frente a su balcón, mientras lee a ratos crónicas tediosas que le hablan de acontecimientos ya olvidados. Viejo inútil, con su campanita al lado, puesta allí para que la haga sonar y acuda de inmediato la mujercita endeble que gana 25 pesos al mes por cuidarlo a él, a él y a sus achaques. Viejo curtido, curtido del cuerpo y del alma, con sus manchas repugnantes, que dicen que es bien-te-veo, pero que es nada más el despellegamiento acelerado que le ocasionaron sus rencores. Ahora es necesario cuidarlo, tenerlo entre algodones, hablarle con palabras suaves, decirle que si quiere esto y lo otro, platicale para que no se sienta solo y abandonado, hablarle de su condición de hombre de armas, para que la arrogancia se le meta de nuevo y se olvide un rato de su inutilidad. Viejo cuyas fechorías nadie recuerda. Tan sólo se habla de su supuesta valentía, de su disposición al sacrificio, de lo mucho que hizo por el honor y la dignidad de la patria, como si la patria fuera ese odio feroz que ni Dios sabe de dónde le pudo haber nacido y del cual aún debe guardar algunos residuos. Total, puras balandionadas, habladurías que se han venido tejiendo al través de los años, únicamente para sostener el cuerpo aciuclado de este viejo zorro, mátalas-callando.

Antes de llegar a viejo hizo barbaridad y media. Recuerdo que él era apenas un sargento, allá por el año 32, cuando lo de la matanza de Martínez, y ya para entonces tenía los hígados muy negros, de tanta rabia acumulada, y como dicen, no se los tentó para matar a cuanto insurrecto se le puso por delante. Y luego se las daba de muy hombre, de tener así las agallas y de no sentir ni el menor de los remordimientos. Claro que hombres indefensos no son capaces de ganar una batalla, y eso lo sabía el muy ladino y no sentía ningún empacho en vaciar su enorme pistolón sobre aquellos infelices que rodaban por montones, todos llenos de agujeros negros por donde el viento se metía a llorar.

Si yo hablo así es porque fui testigo de todas sus atrocidades. Me reclutaron a la fuerza y no hubo más remedio que irse para Occidente, pero les juro que yo hacía hasta lo imposible por disparar a locas, sin el más mínimo deseo de matar a nadie. Pero este viejo roñoso, sargento por aquellos días, sí que no fallaba. Y luego se fue acostumbrando a orinarse sobre los cadáveres y a carcajearse del espumón colorado que se levantaba en cada herida. Después nos decía, muy chucanamente, que lo que hacía era echarles la bendición para que no se fueran a condenar.

A mí me espantaba ver aquellas fosas gigantescas, repletas de cadáveres, y verlo a él, sudoroso como un animal enfermo, dando órdenes, empujando más y más insurrectos hasta las orillas de las tumbas para luego rematarlos,

hasta que sólo quedábamos nosotros, en medio de aquel silencio sobrecogedor, atribulados, con los ojos ácidos, escuchando el ruido tortuante de la sangre liberada, viendo las pupilas abieatas de los ametrallados, relucir como piedras recién lavadas

Pero este viejo no se inmutaba para nada. Tomaba esa tarea como algo muy natural. Yo lo miraba fijamente, tratando de encontrarle en el rostro alguna hendidura por donde espíarle el alma, nomás para convencerme de que la tenía, pero era inútil, todo él parecía un bloque macizo, inescrutable, seco, sordo a la súplica y a los gritos de los condenados.

Por las noches, acompañado por dos hombres de su entera confianza, se iba a meter a los caseríos, a buscar sospechosos. Y si encontraba una muchacha que le agradara, de presto urdía mil patrañas a resultas de las cuales todos los que habitaban ese rancho habían sido denunciados como partícipes en el levantamiento y no quedaba más remedio que cargar con ellos para la cárcel, a excepción de aquella mujer, la cual tenía que sopotarle sus jadeos de bestia en celo.

Acabó con cuanto jornalero había en todos los contornos de Sonsonate. Daba la impresión de que su mayor deseo era quedarse solo, solo con sus resentimientos, tal era su afán de matar. Mataba a diestra y a siniestra, asesinaba a los prisioneros y después alegaba, cariacontecido, que los había tiroteado por intentar fugarse. Pero me consta que le bastaba ver las espaldas oscuras de los peones para que se le metiera en los dedos la maldita cosquilla de apretar el gatillo, y aquellos desgraciados se derumbaban sin enterarse siquiera de dónde les llegaba aquel ardor y aquellas ganas exasperantes de cerrar los ojos.

El mismo ayudó a la captura del indio Feliciano, el último cacique de los pipiles. No se sentía a gusto sabiendo que un indio piojoso, como él lo llamaba, fuera uno de los que dirigían aquella insurrección. "Pasa que fueran gente como uno, nos decía, pero que sea un indio ignoante, eso sí que ni Dios lo perdona". Y juraba hasta por las siete que bullan que no tendría sosiego hasta ponerle las manos encima al Tata Feliciano. Y no hay duda que el diablo estaba de su parte. Yo cuando vi al viejo Feliciano, sucio y amarrado, en medio de todos aquellos señorones, me asaltaron unos deseos terribles de despachármelos, de sumirlos en el infierno hasta la consumación de los siglos, pero hubiera sido una tontería. Y este viejo, el mismo que hoy sale a su balcón en los atardeceres, y espera que Dios lo llame a su lado, ese mismo viejo, sonreía, satisfecho de su buena estrella. "Te vamos a colgar, le dijo, porque así lo demanda el pueblo de Izalco", y el Tata Feliciano examinaba los alrededores, tratando de descubrir a ese pueblo que malignamente le decían que lo condenaba, y él también sonreía, casi lleno de satisfacción, sabiendo que era nada más un grupo de notables, los mismos contra los que se había alzado en armas, los que lo juzgaban y dictaban su sentencia de muerte.

Después de colgar a Feliciano Ama, dispuso por propia iniciativa, que el cadáver permaneciera expuesto durante algunos días, para escarmiento de los demás.

Sin embargo, no salió muy bien librado que digamos. Le encajaron un plomo en la pierna derecha y si no es por otros soldados que lo protegieron,

es casi seguro que allí mismo hubiera pagado algo de lo que tanto debía. Desgraciadamente, vino a caer herido cuando ya todo estaba consumado, cuando las huellas de su rabia incontenible habían quedado estampadas para siempre en la totalidad de la zona insurrecta.

Luego no supe más de él. Hasta llegué a creer que ese balazo se le había infectado hasta hacerlo reventar. Pero bien dicen que la mala yerba nunca se acaba, y allí está la prueba: el sargento aquél, hecho todo un viejo respetable, un viejo que se confiesa y comulga los domingos, que oye misa con mucha devoción, que tiene en su casa medallas y condecoraciones, un viejo cuya fotografía debe estar en la Escuela Militar, como vivo ejemplo del soldado recto, fiel a la República, leal a los sagrados intereses del pueblo.

SI PUDIERAS RECORDAR

No fue tarea fácil, Guillermo. No se pueden mochar vidas y quedarse uno con la conciencia tranquila. Los gritos perduran, metidos muy hondo, como alfilerazos inmisericordes, y basta que el recuerdo se nos remueva un poco para sentir algo que duele y que nos obliga a seguir recordando, hasta que todo se vuelve un sólo dolor.

Tú nunca me explicaste los motivos que te impulsaron a derrumbar vidas con esa tu rabia dura, sin ningún asomo de culpa, como si hallaras placer en llenarles el cuerpo con plomo caliente, hasta dejarlos convertidos en unos bultos negros sobre el blancor atosigante de la tierra reseca. Tú te limitabas a reír, a untar el aire con tu risa aguardentosa, a llenarte los ojos de agua mientras te burlabas de mis escrúpulos. Aún no alcanzo a comprender por qué acepté acompañarte en aquellas tropelías. No voy a negarte que el miedo me robaba el sueño en esos días espantosos, no me permitía cerrar los ojos, creaba peligros ilusorios a mi alrededor. Pero cuando se tiene miedo de morir también se tiene miedo de matar. Por eso mismo sigo haciéndome mil preguntas, tratando de descifrarlo todo, de descubrir los resortes más íntimos que me lanzaron a ser un cómplice de tus barbaridades.

—¡¡Venite con nosotros a la Guardia Cívica. Te vas a dar gusto matando indios. Y además, nadie te lo va a reprochar.!!

¿Lo recuerdas, Guillermo? Y luego aquella tu alegría inaudita, mezcla de gozo y satisfacción, y la misma frase con la que acostumbrabas sellar tus hazañas: “¡Se los llevó putas!” Y las innumerables historias relatadas entre trago y trago, en el club, te acuerdas? Tú eras el héroe indiscutible de aquellas veladas. Ya tenías en tu haber más de una cuarentena de muertes. Cuarenta veces el mismo regocijo metido en tu sangre, cubriéndote de una espuma maligna los labios y abriéndote los ojos de manera extraña.

—¡¡Animate, viejo, hay para todos y además te va a quedar muy agradecido mi tata!!

Y me entregaste el fusil Y nos emborrachamos y le dimos rienda suelta a nuestra hombría por todos aquellos montañales Tú veías después de cada disparo, y blasfemabas y escupías aquel odio espeso, irrazonable, que era muy tuyo, porque yo no lo sentía, aunque me contagiaba y no había más que continuar pariendo muertes Yo trataba de aparentar el mismo entusiasmo que a tí te cubría el rostro de fulgores sombríos, pero el asco se alborotaba en mi corazón y terminaba hasta con los huesos llenos de repugnancia Tú hacías cruces imaginarias sobre el aire después de que tumbabas un indio, y me decías que Dios estaba de nuestro lado y que cada revoltoso muerto era un pecado menos sobre nosotros

Te sentías orgulloso de pertenecer a la Guardia Civil Era el brazo armado de Dios, exclamabas, puesto a golpear contra la chusma ignorante y descreída Y me mostrabas el escapulario sobre el pecho, y lo besabas con emoción mientras me confesabas que era una reliquia capaz de asistirnos en cualquier tribulación

Nada de lo que hicimos entonces me llena de satisfacción Al contrario, me duelen tremendamente todas esas muertes, porque no eran necesarias, porque fueron un exceso, y los excesos jamás habían encontrado cabida en mi corazón Te aseguro que no puedo olvidar aquellos gritos de imploración, los que no quisimos escuchar, los que sofocamos con el humo y los estallidos rabiosos de la pólvora, temerosos quizás de que pudieran derrotarnos aquella enorme furia que sentíamos Recuerdo también a los que caían echando maldiciones, llamándonos un atajo de cabrones Si pudieras acordarte, Guillermo, de todas tus barbaridades Si fuera posible que las viejas imágenes que guardas en tu cabeza salieran por un rato, nada más para meterte en los ojos uno que otro recuerdo

Te acuerdas de aquel viejo, el mismo que según tú me dijiste te llevó muchas veces a blanquear monte adentro, cuando eras apenas un muchacho de doce años, y el cual te enseñó tantas cosas que se me hace difícil creer que las hayas olvidado, acuérdate, el viejo aquel que se quedó en medio del patio de su rancho, con los ojos reseco, yo no sé si de tristeza o de rabia, de verte hecho un perro encima de él Y todavía te has de acordar de la vieja, la madre del muchacho, pidiéndote clemencia con sus gritos aquellos de sálvamelo Dios mío y no me lo dejes parecer Y tu risa mojada y la camisa abierta y el escapulario dando pequeños saltos sobre tu pecho conforme se te iba metiendo aquella gana loca de carcajearte Amaramos al muchacho y nos fuimos con él cerro abajo Tú me pediste que le gritara a los viejos que ya se los íbamos a mandar, a sabiendas de que no lo volverían a ver con vida Antes de salir a la calle nos fuimos quedando atrás, esperando que el muchacho ganara algún trecho considerable para después acibillarlo, sin darle tiempo siquiera de mirarnos a la cara Y por último nuestras carcajadas, las mías, inexplicables hasta hoy .

Si te esforzaras un poco podrías acordarte de que te pregunté si no habíamos cometido alguna barbaridad matando a ese muchacho, y tú sólo me respondiste que las averiguaciones no lo iban a revivir, y te pusiste a silbar y no paraste hasta ya muy perfilado el amanecer, en el momento en que arribamos al pueblo

Los días que siguieron fueron mucho más terribles. Los peones se habían dado a la desbandada y era fácil salir a cazarlos. Cuando menos lo sentían les dejábamos ir las descargas a boca de jarro. No puedes haberlo olvidado en tan corto tiempo. Ya ni nos preocupábamos por interrogarlos. En fin, no teníamos ni la más mínima intención de mostiarlos benévolo cuando ya de antemano los habíamos condenado a morir. Bastaba descubrirlos en medio del monte para dispararles. Y ellos, por su parte, al divisarnos se echaban a correr y eso era suficiente para que los hiciéramos respingar sobre los matorrales.

Eso fue lo último que hicimos. Después nos dejamos de ver por algún tiempo. Hacía unos meses que había regresado al pueblo cuando te encontré y me invitaste a venir, a echarles una ojeada a tus propiedades. Hasta hoy, en que de repente te pusiste enfermo sin darnos tiempo de llevarte a la ciudad. Han pasado ya muchas horas, yo no hallo qué hacer, te han dado baños de aceituno negro porque dicen las viejas que tienes malos espíritus por dentro, porque tu enfermedad es desconocida, porque es cosa rara que un hombre se desinfe así como lo has hecho. Pero todo esto lo sopito y las dejo que hagan y digan lo que les venga en gana. Lo que sí me atemoriza son esos peones allá frente a la casa, con sus rostros inmutados. Te juro que nadie les avisó. A mí me sorprendió verlos llegar de improviso, salir del monte uno por uno y concentrarse frente a la casa, bajo aquellos árboles. Ni siquiera han indagado sobre tí. En fin, ni les importa. Pero yo puedo adivinarles el gusto que les da sabiéndote aquí, absolutamente desinflado, indefenso para siempre, hecho una calamidad, derrotado, a costa de deseñarlos todos ellos juntos, durante años de callada ansiedad. Sólo las viejas han mostrado preocupación por tí, aunque creo que lo han hecho nomás para asegurarse de que no puedas librarte de ésta. Te desnudaron de pies a cabeza y te rodaron como aves de rapiña. En realidad, no supe lo que buscaban y ni me atreví a preguntárselos. Lo único que dicen es que hay espíritus malignos en tu cuerpo que te han envenenado la sangre y que quizás ya no sea posible expulsar.

Al fin las viejas se han ido, persignándose, y agitando sus bocas desdentadas en un quejumbroso movimiento, no sé si para maldecirte o para pedir un poco de misericordia para tu alma. Sólo quedamos tú y yo, Guillermo, mis palabras inútiles, mis amargas evocaciones, mis pequeños escrúpulos, y tu cadáver. Afuera reina un silencio desconcertante que nada tiene de solemne. Ya no logro verles el rostro a los peones, sólo alcanzo a percibir sus sombras inquietas que se mueven de uno a otro lado. Tú tampoco podrías verlos, Guillermo, pero te aseguro que no se moverán hasta que revientes, porque les da la gana, porque tienen el pellejo curtido por las ganas de desquitarse, porque no necesitaron mover un dedo para hacerte morder el polvo.

LO REAL, LO FICTICIO Y LO SOÑADO

Era el tiempo de las estufas dislocadas. Nada sobre el aire. Apenas la vaharada gris de un cielo amalgamado. Nada bajo el aire. Sólo el clamor corrosivo del verano. Las puertas cerradas con la fiera intención de no abrirse jamás.

Y adentro, entre laberintos insospechados, los ruidos circulares de un millón de esferas multicolores

Carrington despertó sobresaltado. Abrió los ojos por un brevísimo instante y se hundió de nuevo en aquella mezcla alucinante de esferas giratorias, de vientos inmóviles, de calores ciegos. Su mano, casi a tientas, se atrevió a golpear sobre aquella enorme puerta de nogal con la placa metálica y su nombre en alto relieve. Pero nadie acudió a su llamado. Volvió a golpear con fuerza, con furia incontenible, desesperadamente. Pero la respuesta no se hizo presente. Sólo quedó resonando en sus oídos el golpe sordo y profundo de su mano sobre la inconmensurable puerta de nogal. Sin poder explicárselo, tenía la rara sensación de que tras aquella puerta estaba él, James Carrington, personalidad prominente de Alabama, hombre público de reconocidos méritos. Y le horrorizó pensar que él, James Carrington, se afanaba en buscar a James Carrington. ¿Para qué? ¿Por qué? Era difícil saberlo. Lo único que le constaba era que tras aquella puerta estaba él, James Carrington, sesteando, olvidado por unos instantes de sus múltiples ocupaciones, haciendo planes quizás sobre las vacaciones del próximo año, escuchando a Wagner, saboreando una copa de coñac. No alcanzaba a explicarse esa extraña dualidad: él, aquí, inmóvil, lleno de asombro y de miedo entre el crepitar infinito de aquellas prodigiosas esferas de colores, golpeando furiosamente, destrozándose los nudillos de la mano contra los gruesos tablones de aquella puerta, gritando su nombre y gimiendo desesperadamente, y al otro lado, mudo e indiferente, James Carrington. Era algo horrible. Como contemplarse en un espejo y comprobar que la imagen reflejada nos roba paulatinamente la vida y las ilusiones.

—¡Es necesario esperar a que reaccione. Si su organismo ofrece alguna resistencia, serán entonces muy escasas sus probabilidades de salvarse!

—¡A veces pienso, conociendo a James, si no preferirá morir antes que aceptar continuar viviendo en semejantes circunstancias!

—¿Crees tú que su fanatismo le conduzca a renunciar a la única posibilidad de vida que le queda?

—¡Hay que conocer a James Carrington para comprender hasta qué extremos pueden llevarlo sus prejuicios!

Voces. Apenas inteligibles. Esferas que se empequeñecen hasta estallar en una alarmante cantidad de nuevas esferas. Es necesario continuar golpeando. No es posible que no le escuchen. Él es James Carrington. Él es James Carrington. Alguien deberá acudir por fin. La puerta, sin embargo, continúa creciendo. Se agigantan las letras que forman su nombre. Estallan nuevas esferas. Cada estallido es una rabiosa multiplicación de colores.

El tiempo transcurre. Lento. Lentísimo. Casi no se le percibe. Pero deja huellas imborrables. Crecce su desesperación. El miedo va cobrando fuerza, se agita, le provoca terribles naufragios en la sangre y le golpea la piel estirada. Carrington trata de erguirse, de correr, de gritar. Pero sus esfuerzos se diluyen en un torrente cálido de vivos colores, entre el crepitar intenso de las esferas. La desesperación le llena el cuerpo de burbujas, de pequeñas voces, de sonidos.

aterradores Lloro Grita Implora Todo gira: el mundo, la vida, aquellas frénéticas esferas. Todo retorna a sus orígenes. La caída es lenta. El vacío es tremendo. Aquellos blancos lo deslumbran.

—¡JA JA JA JA JA No hay duda de que eres un hombre lleno de vitalidad, James !!

El mar se desenreda en delgadas y azules ondulaciones El cielo permanece abierto hacia todos los rumbos. El sol quema, es una moneda derrumbada sobre la extensa playa. Y él, James Carrington, corre tras el cuerpo esbelto y lleno de reflejos dorados de aquella mujer Ríen Gritan. Sus risas se expanden sobre la arena El grito se vuelve jubiloso en aquella boca salobre que recibe el mordisqueo nervioso de su incontrolable deseo Surge un pequeño vacío y se desbordan con locura los dos cuerpos estremecidos Instantes después el mundo entra de nuevo en raudales enervantes por todos los sentidos Vida hermosa, digna de ser disfrutada pedazo a pedazo, piensa Carrington en un breve instante de meditación

—¡James James . Te aseguro que no eres capaz de atraparme
Vamos .. sígueme alcánzame!

Ella se levanta bruscamente y echa a correr, en loco zig zag, con el cabello suelto, con las piernas firmes y redondas que se hunden en el centelleo alucinante de la arena Carrington sonríe levemente, respira con profundidad y se lanza en carrera desenfundada tras el cuerpo zigzagueante que corre y corre, abandonando a su paso la sonoridad magnífica de su risa Carrington se siente desfallecer El apareamiento súbito de aquellas esferas y su crepitar le hacen comprender que se está operando una extraña mutación

Esos eran sus últimos recuerdos: la playa rutilante, el sol llameante, el cuerpo dorado diluyéndose en la lejanía y el brusco desfallecimiento También recuerda vagamente el inesperado dolor en el pecho, como si una mano poderosa le hubiese apretado coléricamente el corazón. De aquel sopor volvió para encontrarse en un mundo extraño, con aquellas insólitas esferas de increíbles colores, el ruido persistente de algo que se consume, el viento estático, soplando hacia un solo rumbo, como un gigantesco tubo, y las estufas dislocadas, expulsando su cálida marea gris Luego, aquella puerta Enorme Avalladora Totalmente sorda a su llorosa súplica Y la terrible sensación de que tras ella se encuentra James Carrington, el mismo que solloza aquí, en este lado, presa del miedo y de la desesperación

Carrington trata de abrir los ojos Considera que aquel mundo fascinante existe únicamente en su cerebro enloquecido. Un zumbido comienza a brotar, no puede adivinar su procedencia, pero siente que lo aturde y lo hace temblar Su corazón vuelve a latir La sangre irriga nuevamente su organismo Son oleadas tibias, reconfortantes

Cuando Carrington logra abrir los ojos reconoce, temerosamente, las frías paredes de aquel cuarto de hospital Unos pasos que se aproximan le hacen volver la cabeza Reconoce al médico aunque no recuerda su nombre. Hace esfuerzos por hablar, pero algo se lo impide

—¡No te esfuerces demasiado, James Déjame que te explique en pocas

palabras todo lo sucedido. Te recogieron en las playas de la Florida, después de haber sufrido un síncope cardíaco. Cuando llegaste y te examinamos concluimos que ya no era posible salvarte.

Carrington siente un frío estremecimiento. Cierra los ojos con fuerza, como si la pesadilla persistiera. Las palabras del médico lo obligan a salir de aquella ligera cavilación.

—¡Sin embargo, querido James, la ciencia médica avanza a pasos agigantados. De tal manera que actualmente ya no constituye un problema el hecho de que el corazón de un hombre falle definitivamente. Tú mismo has podido enterarte de los muchos trasplantes que se han realizado. Es natural que todo falle al principio, pero poco a poco las probabilidades de éxito se vuelven mayores. Considero que a estas alturas ya has podido comprender que continúas viviendo gracias precisamente a uno de esos trasplantes. ¡

Carrington guarda un significativo silencio. Hasta hoy logra explicarse toda aquella extraña pesadilla. Las múltiples esferas de colores que nunca llegaban a consumirse, el viento inmóvil, aquel calor desesperante, y la puerta, la puerta que lo separaba de la vida y lo precipitaba indefectiblemente a la muerte.

—¡Solamente hay un detalle, James, y creo que debes conocerlo. De cualquier modo, tarde o temprano, vas a enterarte. El hombre que te donó su corazón era una persona de color. Pero considero que tu vida vale mucho más que tus prejuicios!

James Carrington se fue llenando de una rabia sorda e incontrolable. Sus manos se crisparon. Las mandíbulas se le endurecieron y el color de la piel se le disolvió apresuradamente.

—¡James, James. No lo tomes así. Trata de ser comprensivo. No olvides que se trata de tu propia vida. ¡

La inesperada ausencia de la puerta sorprendió a James Carrington. Le resultó difícil aceptar ese hecho simple y definitivo.

